

LA ESCUELA Y EL LATIFUNDIO

OTROS CUADROS DE LA CAMPAÑA

HACE varios años, cuando teníamos en nuestras manos la tarea de proyectar algunas escuelas rurales para Artigas, mantuvimos una entrevista con el entonces Director de Enseñanza Primaria para tratar el tema. Una frase rápida y filosa cruzó nuestra conversación recién iniciada: "No creo, nos dijo, en la conveniencia de construir escuelas en campos de Artigas".

Fué esa la primera vez que el fenómeno latifundio —del cual mucho habíamos leído en el alejamiento doctrinario— se nos apareció vivo y monstruoso, como un animal antiluviano, que hubiera resurgido con sus inmensas garras y fauces posándose sobre las tierras, para chuparles la vida. Desde ese día, en un inveterado vicio de viajeros divagadores, nos dimos a discurrir sobre miseria y latifundio, mientras el obsesionante cuadro de las lejanías desiertas, se entraba por nuestros ojos. Ya fuera en el tren porfiado, cortando con sus rieles paralelos las distancias sin hombres; ya fuera en el auto abriendo las porteras de los campos vacíos, el tema obsesionante hería nuestros pensamientos. Y en ese discurrir sin tasa, atábamos un día y otro día amistades unánimes, comprobando como un mismo sentimiento de justicia acerca a los hombres.

Así, en largas y monótonas andanzas por los campos, el latifundio despoblador, rodeado de innumerables anécdotas lugareñas, era el núcleo de nuestras charlas, mientras de tiempo en tiempo se alzaba el nido vocinglero de los terutereros, y las altas nubes seguían sus viajes sin rumbo sobre los cielos.

Fué así que en uno de nuestros viajes por una ciudad norteña, trabamos amistad con un joven abogado, todo afabilidad y comprensión, quien hundía también sus interrogaciones en los amargos problemas sociales.

Allí desembocamos juntos todos nuestros anhelos por los cambios urgentes que habrían de transformar la vida de esos campos vacíos, y la vida —¿vida o muerte?— de los miserables criollos que asomaban su curiosidad desde las puertas de lata de los rancheríos.

En un apasionado diálogo, en cada viaje, nos dábamos a buscar los remedios precisos.

Tierra, impuestos, fletes, caminos, fertilidad o aridez del suelo, capacidad o indolencia del paisano, todo lo discutíamos. Y las soluciones perfectas y salvadoras, acudían a la cita, trayendo el orden, la justicia, el progreso, la cultura y la felicidad sobre los campos abandonados.

¡Cuánto demostramos juntos al latifundio despoblador! ¡Cuánto hablamos de impuesto a las tierras, y del genial Henri George con su luminosa doctrina impositiva! ¡Cuánto de los rancheríos y de su recuperación para una nueva vida social! ¡Cuánto de una escuela viva que se adaptara al criollo, preparándole un destino adherido a su tierra en vez del nómada destino sobre su caballo! ¡Cuánto defendimos al paisano de las cargas injustas de vicio y malevaje!

Largas pláticas de planificación social en donde, alejados de la realidad, encontrábamos los medios de volver felices las tierras desamparadas. Y al Gobierno alejado, en la distancia y en el corazón, culpábamos de los males remediabiles.

Un día nos tocó hacer un viaje a una escuela lejana. Una escuela rural viva y alegre, como la que describiéramos ayer en pasada crónica. Humilde la escuela, y sencilla y afable la maestra, apegada a sus discípulos. Mientras mirábamos su jardín floreciente, y su reverdecida huerta, felicitándola, un pliegue amargo surcó su frente; y antes de que asomara nuestra pregun-

Nuestro azoro enfrentó su frase, que un instante pensamos fruto de una mentalidad hecha al olvido de las alejadas tierras del Norte. Pero una explicación inmediata, trajo la claridad.

"Allá en Artigas, nos dijo, hay un estanciero muy rico, llamado Martiricorena, que cuando compra una estancia, desaloja a todos los peones y chacareros casados, y me deja las escuelas vacías de niños"...

ta indiscreta, nos contaba su tristeza porque gran número de sus alumnos preferidos estaban desertando de sus clases.

La escuela estaba rodeada de chacras rústicas de muy poca extensión, las que penosamente trabajadas apenas daban para el sustento de una familia campesina criolla. Era todo, dentro de esa parvedad chacarera, maestra, escuela, niños y padres, constituían algo unido, vivo, orgánico —en resignado ambiente de pobreza, pero no de miseria— donde la vida se deslizaba con mansedumbre aldeana. Pero a ese organismo ha poco —nos lo repite la maestra— un mal extraño ha mordido sus flancos; y lo amenaza de ruina y muerte.

Entonces el relato de la maestra fué claro y dió la explicación del fenómeno rural. Un vecino abogado y estanciero de la ciudad, inculcado de latifundismo (una enfermedad que incita a juntar tierra ahuyentando a los hombres) concibió el plan de comprar todas las chacras que lindando con su campo, tenían como centro a la escuela. ¿Cómo comprarlas?

El procedimiento, un día, se le presentó claro a su estrategia forense, porque para algo tenía su título y la Universidad le había enseñado valiosas y complicadas técnicas que podrían serle propicias. Y así procedió entonces: cercaba sus campos con el mejor alambrado, hoy en día que el alambre tiene un precio exorbitante. Después se presentaba una tarde, desde su lujoso auto, a visitar al lindero, llevando en su mano una detallada cuenta de medianería por el alambrado. Unos pocos cientos de pesos, pero una fortuna inalcanzable para el pobre chacarero. Durante la charla —uno que se expresa con muchas frases raras, y otros que apenas pronuncian sueltas y enredadas frases— descubría sus propósitos y dejaba la cuenta. Y al pasar, mencionaba las fatídicas palabras de "embargo" y "desalojo", que quedaban suspendidas como lechuzas, en el aire recogido del rancho. Después de eso un corto roce de manos callosas, sonriente se alejaba.

Amarga y desvelada noche para el cansado labrador, en el diálogo con su mujer, mientras los hijos plácidamente dormían.

Sus frases se cruzaban: "¿Si nos embarga?" "¿Y el desalojo?" "No, no puede ser. No podría echarnos con los hijos a la calle"... "Y la ley, y el Juez y la justicia". "Sí, si lo hará, acuérdate del compadre Giménez". "Y al otro, el del sauzal, ya lo ha echado"... Las preguntas anhelosas se aguardaban como monstruos en el silencio de la apartada alcoba. El pavor del desalo-

jo llenaba de fantasmas la primera noche del desvelo. Una noche, y otras más, baldías de respuestas. Pero a la semana siguiente se acercaba al rancho un amigo, con la proposición de compra del campito. El abogado decía que como "ellos" no podían pagar la cuenta, aceptaba comprar su tierra. El precio era muy bajo, pero... ¿y el desalojo?

Una madrugada, recién alzado el sol, se veía marchar camino de otras tierras, hacia un Norte de inclemencias, al paisano en el carro con su mujer e hijos, llevando el atado de ropas y cuatro muebles. Y una tarde, ya declinado el sol, entraba por el Sur de su codicia, el coche del estanciero, a tomar posesión de su nueva tierra, ufano de poder dilatar hasta los azules horizontes su estancia en crecimiento.

Esta fué la historia que nos hizo la maestra dolorida. Como en los cuentos de niños, digamos: "pasó por un portoncito, pasó por otro"... mientras el abogado y estanciero cruzaba todos los portones de sus campos, llevando sus ganados mansos y ahuyentando a los hombres y a los niños.

Ese cuento, que no es de hadas, se ha repetido por otras tierras. Y sigue, y seguirá repitiéndose con esa o con otras mañas, por todas las tierras donde el latifundio extiende su avariento mirar.

¿Habréis adivinado, acaso, que el amigo abogado con quien divagábamos en tierras de utopía —que bien podrían ser tierras de realidad— y el estanciero acaparador de los campos vecinos de la escuela, eran una misma persona?

Desde ese día del desengaño, ya no vimos más al "amigo" de los planes reformadores. Pero sin dejar dormir en nuestro espíritu —que dormirse nunca podrán— nuestras ansias de reformas, hemos seguido pensando en qué vivienda, escuela, hospital; en qué vida, enseñanza y salud del triste criollo desterrado de los campos, debe venir de esos mismos campos cuando el Estado se decida a reclamarles esa parte de su valor que no la creó la mano del hombre, sino el progreso social.

Que eliminando por el impuesto creciente el afán de acaparar tierra para esa función despobladora y retrógrada de la estancia sin confines; y dividiendo los latifundios, podrá hacerse fecunda y próspera la vida de la campaña. Y el criollo no tendrá que caer con su china y sus hijos, en la tristeza de los rancheríos, vergüenza de la hora de grandes promesas que vivimos.

C. A. HERRERA MAC LEAN